

ARIEL Y LA FORMACIÓN ESTÉTICA

José Di Marco¹

Resumen: En este artículo me ocupo de la importancia que *Ariel* le otorga a la formación estética como elemento central de un programa ideológico para la juventud latinoamericana. Examino sucintamente el andamiaje discursivo y retórico del texto y luego, apoyándome en la matriz hermenéutica que ofrece la estética de la recepción, centro mi análisis en los tópicos que Rodó dedica a la pertinencia y necesidad del cultivo del sentimiento de lo bello. Por último, reviso el nexo que el autor postula entre la vivencia estética del mundo y el desarrollo integral de la personalidad como respuesta al utilitarismo. Finalizo mi intervención con una serie de consideraciones respecto de las tensiones (conceptuales y políticas) entre el aristocratismo cultural propulsado por Rodó y las condiciones de posibilidad de una democracia amplia e inclusiva.

Palabras clave: formación estética; utilitarismo; democracia.

ARIEL E A FORMAÇÃO ESTÉTICA

Resumo: Neste artigo, me ocupo da importância que Ariel outorga à formação estética como elemento central de um programa ideológico para a juventude latino-americana. Examino sucintamente a estrutura discursiva e retórica do texto para logo, me apoiando na matriz hermenêutica que oferece a estética da recepção, centrar minha análise nos tópicos que Rodó dedica à pertinência e à necessidade de cultivar o sentimento do belo. Por último, reviso o nexo que o autor postula entre a vivência estética do mundo e o desenvolvimento integral da personalidade como resposta ao utilitarismo. E finalizo com uma série de considerações a respeito das tensões – conceituais e políticas – entre o aristocratismo cultural propulsado por Rodó e as condições de possibilidade de uma democracia ampla e inclusiva.

Palavras chave: formação estética; utilitarismo; democracia.

¹ Especialista en Ciencias del Lenguaje. Con el cargo de Profesor Adjunto trabaja en el Departamento de Lengua y Literatura de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Río Cuarto (Córdoba, Argentina). También es Profesor Responsable de Literatura Argentina en el Instituto de Formación Docente Continua de Villa Mercedes (San Luis, Argentina).

ARIEL AND AN AESTHETIC FORMATION

Abstract. The importance that *Ariel* gives to aesthetic formation as a central element of an ideological programme for Latin American youth is provided. The rhetorical and discursive structure of the text is analyzed and, based on the hermeneutical approach offered by reception-theory, the topics that Rodó devotes to the relevance and necessity of the cultivation of the Sense of Beauty is also examined. The relationship postulated by the author between the aesthetics experience of the world and the integral development of personality as a response to utilitarianism is further re-examined. Reflections on the conceptual and political tensions between the cultural aristocratism proposed by Rodó and the conditions of an extensive and inclusive democracy shall conclude the research.

Key words: aesthetic formation; utilitarianism; democracy.

¿Qué decir hoy, aquí y ahora, del *Ariel* de Rodó?² O, debería preguntar: ¿qué soy capaz de decir *yo* de un texto centenario y fundamental del pensamiento identitario latinoamericano, que ha desencadenado múltiples, dispares y recientes lecturas?³ En principio diría que muy poco, salvo agregar otro comentario, una glosa más a la sucesión de concretizaciones históricas en las que el sentido del texto de Rodó se ha constituido (y re-constituido) desde su aparición hasta nuestros días. No obstante, a fin de no limitar este trabajo a un resumen del argumento de *Ariel* o a una paráfrasis de las lecturas de las que ha sido objeto, intentaré una recepción “propia”.

Para ello, voy a concentrarme en un aspecto particular del texto. Me refiero a la importancia que Rodó le adjudica a la formación estética

² José Enrique Rodó nació en Montevideo el 15 de julio de 1871 y falleció el 1º de mayo de 1917 en Palermo, Italia, en el Hospital San Severio. En 1897, con el título de *La Vida Nueva*, Rodó comienza la publicación de una serie de opúsculos literarios. *Ariel* se publica en febrero de 1900 y es el tercer folleto de la mencionada serie.

³ Como ejemplo de lecturas recientes sobre *Ariel*, destaco *Arielismo y socialismo en Río Cuarto*, de Osvaldo Emilio Prieto, Universidad Nacional de Río Cuarto, Facultad de Ciencias Humanas, Centro de Investigaciones Históricas, Edición Especial: Memoria Latinoamericana, Dirección de Imprenta y Publicaciones de la UNRC, Río Cuarto, 2003. Como así también el número 222 de revista **Casa de las Américas**. Este número, dedicado al Centenario de la publicación de *Ariel*, incluye, además de unos apuntes inéditos de Rodó sobre la literatura hispanoamericana, los siguientes trabajos: “¿Quién es Enjolrás? *Ariel* atrapado entre Víctor Hugo y Star Trek”, de Hugo Achúgar y “La lección de Próspero (Rodó, la enseñanza de la literatura y los *Apuntes inéditos*)”, de Pablo Rocca. **Casa de las Américas** 222, enero –marzo / 2001, p. 75 – 93.

como elemento central de su programa para la juventud. Esta elección no significa que desconozca las otras dimensiones (temáticas y formales) del *Ariel* ni que pretenda agotar los alcances del tema seleccionado. Simplemente, he de realizar algunas consideraciones a partir de dos premisas.

La primera señala que el texto de Rodó —al igual que toda formación discursiva que pertenezca al ámbito del arte o de la historia de las ideas— constituye ella misma un *recepción* de nociones, categorías y marcos conceptuales elaborados con anterioridad. La segunda indica que los postulados que caracterizan lo que Rodó denomina “la cultura de los sentimientos estéticos”⁴ funcionan como soportes teórico-políticos de lo que ciertos autores contemporáneos llaman “ideología estética”, una cosmovisión que contiene embriones de elitismo e incluso de autoritarismo.

Antes de entrar de lleno en tema, quisiera aclarar que mi tentativa de recepción responde, como todo acto de lectura, a condicionamientos históricos, sociales, académicos e incluso autobiográficos. Me explico. Leo (trataré de leer) *Ariel* desde un interés muy específico, el estético, y empleando la matriz hermenéutica que proporciona la “Estética de la recepción”⁵. Mi exposición comprenderá cuatro momentos. En el primero (I), haré unas acotaciones (bastante sumarias) acerca de la organización retórica y discursiva de *Ariel*. Dedicaré el segundo (II) a relevar los tópicos que Rodó trata en el apartado concerniente a la pertinencia y necesidad del cultivo del “sentimiento de lo bello, la visión clara de la hermosura de las cosas”⁶. En el tercero (III), me detendré en la vinculación que Rodó postula entre la vivencia estética del mundo y el desarrollo integral de la personalidad como respuesta al utilitarismo.

⁴ Me valgo del volumen titulado *Ariel y Parábolas*, Biblioteca estudiantina, Editorial Elite, Montevideo, 1959. La cita está tomada de la página 35.

⁵ Uno de los postulados básicos de este enfoque consiste en destacar que el sentido de un texto no radica en las intenciones del autor o en los elementos intrínsecos de la obra sino en sus sucesivas, discontinuas y variadas recepciones. El sentido de una obra se configura dinámica y diacrónicamente a lo largo de la historia de las interpretaciones que ha recibido y, como tal, no está clausurado en el horizonte de expectativas de su público coetáneo. Dispuesto a ser retomado y recreado en diferentes circunstancias y desde distintas posiciones, el sentido adquiere una dimensión histórica y, por lo tanto, cambiante y abierta a renovadas interpretaciones. Ver Hans Robert Jaus: “Estética de la recepción y comunicación literaria”, revista **Punto de vista**, a. IV, n° 12, 1981, Buenos Aires, p. 34 – 40.

⁶ Rodó, José Enrique: *Ariel y las parábolas*, p. 34.

Finalmente (IV), retomaré las premisas en que se basa mi exposición para formular unas conclusiones provisorias.

I) Discursivamente, *Ariel* asume la forma y el tono (la fuerza ilocucionaria) de una lección. Es de tarde. Próspero, “el viejo y venerado maestro”, convoca a sus jóvenes discípulos para despedirlos. Se reúnen “en la amplia sala del estudio”, donde reinan la sobriedad que procede de los libros allí acumulados. Acariciando una réplica de Ariel, el héroe shakespereano (“genio del aire, representa {...} la parte noble y alada del espíritu”), Próspero dirige su palabra a un grupo innominado de auditores que asisten, silenciosos, a una prolongada arenga que no será interrumpida en ningún momento. Quisiera subrayar cuatro factores en relación con la estrategia retórica y los procedimientos discursivos empleados por Rodó:

- a) Se emplea un mecanismo ficcional, en el sentido de que el autor finge ser otro para comunicar sus pensamientos y puntos de vista⁷. Rodó finge ser Próspero para exponer los núcleos centrales de su doctrina. La ficción (que es un enunciado “no serio”) se torna, en *Ariel*, un escenario propicio para transmitir “enunciados serios”. Si bien resulta totalmente legítimo identificar al autor del texto (Rodó) con el enunciador del discurso (Próspero), conviene también no perder de vista la mediación señalada. Porque ¿cuál es el estatuto ilocucionario de los enunciados que profiere Próspero? ¿Qué alcance poseen estos enunciados por fuera del texto mismo, es decir: de qué manera debería tomarlos un lector empírico? ¿Cómo, finalmente, se validan?
- b) El acto ilocucionario predominante en el texto es el de una lección. Próspero expone y argumenta recurriendo a su vasta erudición; empleando la cita prestigiosa (tanto filosófica como literaria), ejemplos y parábolas, arenga a sus discípulos. Más que enseñar (ya que la instrucción y el adoctrinamiento se han llevado a cabo anteriormente, en un lapso que el texto no trata), Próspero busca, mediante su alocución, persuadir: persigue un efecto perlocucionario consistente en “hacer-hacer”. Quiere que, una vez culminada su lección, los discípulos actúen, se integren al mundo, ingresen al terreno de la vida social orientados por las

⁷ Sigo la teoría de los actos de habla y en especial el punto de vista de Searle, quien define la ficción como una aserción fingida o como un acto ilocucionario no serio. John Searle: *Sens et expresión. Études de théorie des actes de langage*, Minuit, Paris, 1979.

máximas morales y filosóficas que conforman su programa de acción⁸.

- c) El discurso de Próspero es pedagogizante, instructivo, ejemplar. Su función es fuertemente modelizadora y el modelo de aprendizaje que contiene encierra axiomas, máximas, saberes, consejos que se vuelven indiscutibles.
- d) La “indiscutibilidad” de la lección instaura una situación enunciativa claramente asimétrica: desde la potestad que le otorgan su senectud y su formación cultural, es Próspero quien toma la palabra y habla, mientras que los discípulos se dedican, pasivamente, a oírlo. Asimetría y monologismo de un discurso cuya eficacia formativa depende de la escucha muda de sus destinatarios.

No deja de llamar la atención que un texto que considera a la juventud como un valor insustituible, un sujeto depositario del “entusiasmo y la esperanza” apto para conducir el desarrollo social, moral y cultural de los pueblos configure, desde sus procedimientos más visibles, una imagen tan pasiva de la misma a la vez que asume un discurso unilateral en el que la palabra frondosa y altisonante de Próspero contrasta con el silencio y la quietud de los discípulos. En tanto discurso pedagógico, *Ariel* no puede ocultar lo que –modestamente– entiendo como una contradicción entre sus contenidos presuntamente emancipatorios y la forma vertical utilizada por Rodó para vehicularlos⁹.

II) En el apartado III de *Ariel*¹⁰, Rodó expone la importancia que el sentimiento estético adquiere en la educación del espíritu: “Considerad al educado sentido de lo bello el colaborador más eficaz en la formación de un delicado instinto de justicia”¹¹. Del lado de la contemplación, del

⁸ Sobre las dimensiones locucionaria, ilocucionaria y perlocucionaria que se intersectan en los actos de habla, ver: John Austin: *Cómo hacer cosas con palabras*, Paidós, Buenos Aires, 1983.

⁹ Con respecto a las clases de literatura que Rodó dictó en la Sección de Enseñanza Secundaria de la Universidad de Montevideo a partir de 1898, Pablo Rocca señala: “En eso consistía su arcaico método pedagógico: la conferencia, la clase magistral destinada a un público que permanecía en estricto silencio –silencio que ni siquiera se quebraba al término de aquella–, al modo en que Próspero, en el discurso a sus discípulos, hacía gala de una ‘voz magistral, que tenía para fijar las ideas e insinuarse en las profundidades del espíritu’”. Op. Cit., p. 89.

¹⁰ P. 34 – 46 en la edición que manejo.

¹¹ Ibidem, p. 36.

regocijo desinteresado, de la kantiana “finalidad sin fin”, lo bello y el gusto (en tanto que la facultad de juzgar, precisamente, lo bello) amplían la perspectiva del mundo ensanchando los límites de la razón y fortaleciendo la moralidad: “La enseñanza que se proponga fijar en los espíritus la idea del deber como la de la más seria realidad, debe tender a hacerla concebir al mismo tiempo como la más alta poesía”¹². Rodó insiste en mostrar la relación intrínsecamente complementaria entre la Belleza y la Moral: “Yo creo indudablemente que el que ha aprendido a distinguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de bueno”¹³. Para fortalecer este argumento no sólo recurre a los conceptos de Kant, Renan, Guyau, Martha y Schiller; además se basa en ejemplos históricos y literarios.

La mención a filósofos y escritores europeos (principalmente franceses) muestra uno de los procedimientos básicos del *Ariel*: la cita de autoridad, que funciona en dos direcciones simultáneas ya que revista de probidad el argumento esgrimido, otorgándole una filiación cargada de prestigio y espesor cultural (con la cultura letrada europea como punto de referencia insoslayable), a la vez que autoriza la calidad del enunciador: el uso de la cita adecuada constata su sabiduría y competencia en el conocimiento del tema que trata (apuntalando así la situación de simetría que señalé en el punto I). Lo bello, la educación estética, el cultivo del buen gusto resulta un componente esencial para transmitir preceptos abstractos y áridos, normas y reglas de comportamiento. Es la imagen sensible (la poesía, sobre todo) la que, al afectar la sensibilidad sin intervención del concepto, consigue una adherencia libre a los valores necesarios que el mero adoctrinamiento moral convierte en una imposición.

En esa línea va el ejemplo histórico sobre la llegada de San Pablo a las colonias griegas de Macedonia, a Tesalónica y Filipos. Ése es un momento altamente ejemplar porque “La perfección de la moralidad humana consistiría en infiltrar el espíritu de la caridad en los moldes de la elegancia griega”¹⁴. Ese acontecimiento histórico cultural, cuyo monumento lo constituyen las epístolas de San Pablo, se vuelve un modelo digno de imitar. En el programa utópico de Rodó, la conciliación del ideal cristiano con la antigüedad griega conforma un emblema primordial. La civilización futura, la nueva sociedad que los jóvenes

¹² Ibidem, p. 37.

¹³ Ibidem, p. 37.

¹⁴ Ibidem, p. 40.

deben crear y liderar tendrá que consistir en una síntesis entre la “serena y luminosa alegría de la antigüedad griega” y el espíritu caritativo y solidario del cristianismo inicial. Si el Evangelio aporta los preceptos, la palabra de Cristo como sustento de un orden social más justo, Grecia contribuye con la armonía y la serenidad propias a una concepción pagana de la existencia. Se trata de un ideal, de una síntesis deseada y a conseguir. No es el ascetismo cristiano medieval ni la secta triste del puritanismo. Se trata, en cambio, de recuperar “aquel momento en que la caridad se heleniza”¹⁵, y Moral y Belleza se enlazan en una intimidad única.

En el planteo de Rodó a favor de una educación estética de la humanidad, se unen Ética y Estética, Bondad y Belleza. La perfección del gusto y el perfeccionamiento moral, la capacidad de obrar justamente y la de saber apreciar las bellezas del mundo natural por parte de un sujeto descargado del interés y dispuesto al libre juego de sus facultades sensibles, marchan juntos: “La idea de un superior acuerdo entre el buen gusto y el sentido moral es, pues, exacta, lo mismo en el espíritu de los individuos que en el espíritu de las sociedades”.¹⁶

III) La formación estética cobra su significación programática en la medida en que favorece una personalidad integral, no exclusivista, a la vez que limita el utilitarismo. En el apartado II de *Ariel*¹⁷, Próspero señala a sus discípulos que “El hombre no debe desarrollar una sola faz de su espíritu, sino la naturaleza entera” y les ruega que se defiendan “en la milicia de la vida, contra la mutilación de vuestros espíritus por la tiranía de un objeto único e interesado.” El exclusivismo, la especialización, la mirada parcial y meramente práctica empequeñecen tanto el desarrollo individual como colectivo. Siguiendo la máxima de Guyau (“Hay una profesión universal, que es la de **hombre**”¹⁸) y las enseñanzas de Renan acerca de “que el fin de la criatura humana no puede ser exclusivamente saber, ni sentir, ni imaginar, sino ser real y enteramente **humana**”¹⁹, Próspero se inclina por un ideal formativo que favorezca “la integridad natural de los espíritus” alimentando una mirada profunda de las cosas. Atenas viene a ser el ejemplo de una sociedad que “fundó su concepción de la vida en el concierto de todas las facultades humanas, en la libre y

¹⁵ Ibidem, p. 40.

¹⁶ Ibidem, p. 43.

¹⁷ P. 21 – 34.

¹⁸ Las negritas corresponden al original, p. 22.

¹⁹ Ibidem.

acordada expansión de todas las energías capaces de contribuir a la gloria y al poder de los hombres.”²⁰

El humanismo de *Ariel* supone un ideal de hombre, un modelo antropológico en el que se coaliguen arte, ciencia y acción; la capacidad de obrar con justicia y la de conocer racionalmente deben integrarse a una visión contemplativa del mundo. Una civilización superior y, por lo tanto, verdaderamente humana y solidaria debe superar el estrechamiento espiritual que conlleva la especialización y abrir un espacio vivencial para el ocio. Otra vez Grecia es el modelo: “El ocio noble era la inversión del tiempo que oponían {los antiguos}, como expresión de la vida superior, a la actividad económica. Vinculando exclusivamente a esa alta y aristocrática idea del reposo su concepción de la dignidad de la vida, el espíritu clásico encuentra su corrección y su complemento en nuestra moderna creencia en la dignidad del trabajo útil”²¹. El ocio, el reposo, el recogimiento interior, el cultivo de la propia intimidad replegada y solitaria encuentran una expresión acaba y sensible en la parábola del rey hospitalario, quien conservaba en su palacio una estancia secreta donde ejercía, alejado del resto de los habitantes y huéspedes ocasionales, el ensimismamiento y la meditación²². La estancia secreta es una metáfora del reino interior, de la contemplación del propio ser, de la meditación desinteresada, todas ellas facultades que se vinculan con “la cultura de los sentimientos estéticos”²³. Próspero insiste al respecto: “Una vez más: el principio fundamental de vuestro desenvolvimiento, vuestro lema en la vida, deben ser mantener la integridad de vuestra condición humana”²⁴.

De allí que el utilitarismo y la democracia representen, para Rodó, un peligro para el despliegue pleno de la integridad individual y comunitaria²⁵. Dice Próspero: “A la concepción de la vida racional que se funda en el libre y armonioso desenvolvimiento de nuestra naturaleza, e incluye, por tanto, entre sus fines esenciales el que se satisface con contemplación sentida de lo hermoso, se opone –como norma de la conducta humana- la concepción **utilitaria**, por la cual nuestra actividad,

²⁰ Ibidem, p. 26.

²¹ Ibidem, p. 32.

²² Ver p. 28 – 31.

²³ Ibidem, p. 35.

²⁴ Ibidem, p. 33.

²⁵ Rodó dedica el apartado IV de la lección de Próspero a estudiar las causas del utilitarismo. En la edición que manejo este apartado se extiende desde la página. 46 a la 68.

toda entera, se orienta en la relación a la inmediata finalidad del interés”²⁶. Del lado de la racionalidad instrumental, de la relación costo beneficio, el utilitarismo es una filosofía, una ética y una política, que fortalece una visión unilateral y mutilada de la vida. Producto del crecimiento desproporcionado de la ciencia y del dominio de la democracia *numérica*, la mentalidad utilitaria instauro el reinado de las muchedumbres anónimas y mediocres apresadas por el ideario de la eficacia, el mercantilismo y el materialismo económico. Es frente al predominio del *ethos* utilitario que la formación estética cobra una dimensión sin sucedáneo en la utopía que propaga *Ariel*.

IV) Una de las premisas en las que sostengo esta exposición hacía hincapié en que *Ariel* constituye una *recepción* de ideas y postulados precedentes, los que comprenden tanto el “clima cultural” al que adscribe este texto como el capital simbólico individual del que se abastece su autor. A través de la palabra de Próspero, Rodó se inscribe en y se apropia de una tradición filosófica que, *grosso modo*, remite al idealismo post-romántico de origen alemán y de inflexión francesa.

Dialogando abiertamente con esa tradición, Rodó construye *un discurso utópico*, un programa cuyo destinatario y factotum habrá de ser la juventud hispanoamericana. Digo que se trata de la enunciación de una utopía por su carácter prospectivo, anticipatorio; porque proclama un deber ser, un ideal a efectuar en el porvenir: “yo os pido una parte de vuestra alma para la obra del futuro. Para pedíroslo, he querido inspirarme en la imagen dulce y serena de mi Ariel. {...} Ariel es la razón y el sentimiento superior. Ariel es este sublime instinto de perfectibilidad, por cuya virtud se magnifica y convierte en centro de las cosas, la arcilla humana...”²⁷ Es una invitación a obrar con vistas a la construcción de una sociedad mejor que la vigente en el momento en que Rodó pensó y escribió el *Ariel*. El vitalismo, el humanismo, el esteticismo, el espiritualismo, la jovialidad que propulsa *Ariel* constituye una respuesta,

²⁶ Ibidem, p. 68.

²⁷ Ibidem, p. 109.

disonante y combativa, en contra del positivismo²⁸. Y el positivismo no sólo es el nombre de una corriente del pensamiento occidental, sino la matriz que moldeó la ideología en la que abrevaron las elites gobernantes que impulsaron la modernización en Latinoamérica en el último tercio del siglo XIX.

La crisis cultural de tal proyecto de modernización cosmopolita es el blanco de *Ariel*. Y, muy especialmente, en lo que respecta a un desarrollo desigual de los factores materiales que se manifestó en lo que Rodó entiende como un empobrecimiento espiritual de los individuos y las comunidades. El positivismo obró al modo de una “cobertura superestructural” del liberalismo económico y del conservadorismo político. La inmigración fue uno de los componentes centrales del programa político y económico que se implementó, sobre todo en el Río de la Plata. La fluencia masiva de inmigrantes europeos produjo una transformación demográfica inusitada y el arribo de nuevas formas de vida que, aunque entonces incipientes, fueron vistas por los sectores tradicionales y sus intelectuales orgánicos como amenazas a una supuesta identidad nacional, un ataque a costumbres, valores e iconos que se consideraban raigales y permanentes. De allí el giro nacionalista que tomarían las políticas culturales entrando el siglo veinte y que instituyó la creación de un aparato discursivo tendiente a neutralizar los embates (más imaginarios que reales) representados por los inmigrantes mediante la imposición de una simbología que rescatara los núcleos de una identidad nacional premoderna.

La respuesta-propuesta que Rodó ensaya en su *Ariel* se aparta del giro nacionalista y se vuelve hacia la alta cultura europea como fuente de una tradición en la que se conjugan la Grecia antigua, el cristianismo primitivo y el idealismo romántico. Allí afinca su programa: un programa que diagnostica los “males” del presente y propone una salida futura “por

²⁸ Al respecto, Hugo Achúgar caracteriza el discurso de *Ariel* como un discurso de la derrota y de la resistencia: “La propuesta de leer *Ariel* como el discurso de una derrota apunta no a rescatar los ‘principios’ elitistas del arielismo sino su condición de discurso de resistencia. Resistencia de una cultura que se siente amenazada, resistencia de lo local frente al nuevo embate globalizador y neoliberal: el discurso de una cultura que junto con la derrota militar confirma la amenaza ideológica bajo el primer nombre de la globalización que, para algunos, fue, en su momento, el de ‘nordomanía’. Es ese discurso del vencido y del amenazado lo que atrae en su momento a muchos. *Ariel* intenta devolver o preservar el orgullo a quien acaba de ser derrotado. Un discurso que intenta defender los valores locales y propios frente a la derrota militar y la amenaza cultural”. Op. Cit., p. 78.

arriba”, quiero decir: ajena al examen de las causantes infraestructurales, materiales, económicas que operaban en la base y centrada en lo cultural exclusivamente. La “traducción” política de este programa culturalista cobra una inflexión particular en la diatriba que Rodó dirige a la democracia y a los Estados Unidos como encarnación flagrante del utilitarismo. Si la invectiva contra Norteamérica tomaría un alcance profético en lo que respecta al advenimiento de su hegemonía imperial, decididamente nociva para el despegue de nuestras naciones, en cambio se carga de una significación diferente en lo que respecta a la democracia.

La segunda premisa de mi exposición señalaba que los postulados de la denominada por Rodó “cultura de los sentimientos estéticos” funcionan como soportes teórico-políticos de lo que ciertos autores contemporáneos llaman “ideología estética”²⁹. Aunque Rodó se cuida de propiciar un “liviano diletantismo moral”, su ideología estética lo lleva a emparentar la democracia con el utilitarismo y a ver en ésta los síntomas inequívocos de la decadencia y del atraso culturales. ¿A qué democracia se refiere Rodó? ¿A la que impera en los Estados Unidos? ¿A la democracia selectiva y fraudulenta con la que se sostienen las elites gobernantes en Latinoamérica? Creo que a ambas modalidades. Por eso Rodó deposita en los jóvenes la esperanza y les encomienda la misión de reformar la democracia vigente. En esa reforma, la formación estética (como factor desencadenante de una personalidad integral) habrá de desempeñar un papel clave. ¿Cómo sería esa democracia reformada por el ideal contemplativo y desinteresado del mundo? En ella se haría efectivo “el dominio de la *calidad* sobre el *número*”. El *número* equivale a la masificación, a la uniformidad y a la disolución de la personalidad. La *calidad*, en cambio, se liga con el mérito, la preponderancia de los mejores y la desigualdad justificada por el esfuerzo de cada uno. Para Rodó, la democracia es sinónimo de una aristocracia del espíritu y el espíritu aristocrático se educa en la práctica del buen gusto y en el cultivo de la belleza y de la distinción. Una democracia concebida y destinada a ciudadanos que piensan, obran y sienten como artistas (artistas de sí mismos y artistas de la sociedad: cada ser como un objeto perfecto, la sociedad como un todo armonioso) ¿sería una democracia inclusiva, extensible al conjunto de la población? ¿La estetización de la vida en todas sus dimensiones conduce, necesariamente, al establecimiento de un

²⁹ Ver Martín Jay: “La *ideología estética* como ideología, o ¿qué significa estetizar la política?”, en *Campos de fuerza. Entre la historia intelectual y la crítica cultural*, Paidós, Buenos Aires, 2002, p. 143 – 165.

orden social más justo y equitativo? ¿Cómo conciliar la aristocracia cultural e intelectual – que por definición no puede abarcar a todos sino a unos pocos, selectos y distinguidos- con la igualdad que presupone la democracia?

Como alternativa a la mediocridad que proviene de un igualitarismo basado en el predominio de utilitario y lo vulgar (cuyo modelo es la democracia norteamericana), Próspero-Rodó propulsa un ideal que concilie “los dos impulsos históricos que han comunicado a nuestra civilización sus caracteres esenciales, los principios reguladores de su vida. Del espíritu del cristianismo nace, efectivamente, el sentimiento de igualdad, viciado por cierto ascético menosprecio de la selección espiritual y la cultura. De la herencia de las civilizaciones clásicas nacen el sentido del orden, de la jerarquía y el respeto del genio, viciados por cierto aristocrático desdén de los humildes y los débiles. El provenir sintetizará ambas sugerencias del pasado en una fórmula inmortal”³⁰.

Entre la apelación optimista al futuro y la carencia de una fórmula inmortal, se debaten todavía hoy nuestras democracias.

³⁰ *Ariel*, p. 67 – 68.

